

ROBERT O. PAXTON

## LAS SENDAS HACIA EL FASCISMO\*

No es fácil hoy en día decir algo original sobre el fascismo. Excepcionalmente, el inteligente estudio de Dylan Riley consigue abrir nuevas perspectivas. El libro deja a un lado muchos de los asuntos que normalmente se sitúan en el centro de una obra sobre este tema: hay aquí poco acerca de distintas cuestiones familiares: cómo surgieron los movimientos fascistas, para empezar; cuál fue la naturaleza y el atractivo de la ideología fascista; la composición social de los partidos fascistas; las consecuencias específicas de la Primera Guerra Mundial y la Revolución bolchevique; o incluso la adecuada definición del término fascismo. Nacionalismo y antisemitismo reciben sólo alusiones de pasada. Por el contrario, esta monografía se ciñe estrictamente al tema elegido y deja que el lector lo relacione con la imagen más amplia. Sociólogo de Berkeley, Riley centra su obra en la sociedad civil, y en especial en el tejido de asociaciones que surgió en las sociedades occidentales a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Considera que el asociacionismo es una clave olvidada en la cuestión de por qué el fascismo consiguió implantarse en algunos lugares y no en otros. El núcleo del libro consta de tres capítulos narrativos, empaquetados en medio de secciones de comienzo y final más teóricas, que examinan los casos de Italia, España y Rumanía, escogidos porque, en opinión del autor, sus resultados autoritarios son anómalos desde el punto de vista de los análisis marxistas o weberianos clásicos. El replanteamiento que Riley hace de estos conocidos casos está bien documentado y a menudo resulta esclarecedor.

Comienza, sin embargo, con la influyente suposición planteada por Tocqueville de que las asociaciones cívicas fomentan y respaldan la democracia liberal, al estimular la participación de los ciudadanos y bloquear el despotismo. Riley sostiene, por el contrario, que en determinadas condiciones, los tan elogiados organismos intermedios de Tocqueville pueden de hecho fomentar y respaldar la democracia autoritaria (el término que él da al fascismo, una definición a la que volveremos). Esas condiciones se explican, sostiene Riley, mediante la concepción gramsciana de hege-

---

\* Dylan Riley, *The Civic Foundations of Fascism in Europe: Italy, Spain and Romania, 1870-1945*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 2010, 280 pp.

monía. Si las asociaciones crecen con rapidez en un momento en el que las elites han sido incapaces de establecer una hegemonía intraclase —una alianza entre los diversos poseedores del poder económico— o una hegemonía interclase, que alcance a otras clases y las incorpore en un proyecto nacional más amplio; y, más aún, si quienes no ocupan el poder no han podido formar una contrahegemonía democrática, una rica vida asociativa facilita de hecho la ocupación del espacio disponible por parte del fascismo. En otras palabras, para Riley, la aparición de organismos intermedios y el establecimiento de la democracia son evoluciones separadas, no partes de un único proceso.

Hay considerables pruebas empíricas de la conexión entre la implantación del fascismo y una rica vida asociativa. En Italia, fue en el norte más avanzado, con su denso tejido de cooperativas, sindicatos, asociaciones de productores y demás, donde el fascismo creció con rapidez y alcanzó el poder local, y no en el sur, donde había pocos intermediarios entre el campesino individual y el jefe local, excepto posiblemente el sacerdote. Riley documenta escrupulosamente la rápida expansión de la vida asociativa a finales del siglo XIX y comienzos del XX en cada uno de los países que considera; Estados en los que «más tarde se implantó una u otra forma de democracia autoritaria». Plantea así, sin duda, un importante elemento que demasiado a menudo se pasa por alto. El fascismo es un fenómeno de regímenes políticos que están atravesando, o han atravesado recientemente, un rápido desarrollo de la participación ciudadana masiva. Es decir, es un fenómeno moderno, no arcaico, aunque Riley no plantea explícitamente la cuestión de la modernidad. No siempre se ha dejado suficientemente claro que el fascismo es impensable en sociedades sin movilización ciudadana masiva, y algunos autores han metido descuidadamente todo tipo de dictaduras del Tercer Mundo en una informe categoría de fascismo convertida en cajón de sastre.

A continuación Riley debe demostrar cómo ayudaron las asociaciones a acelerar una victoria fascista. Al principio podría considerarse que su argumento sugiere que, cuando las asociaciones obreras amenazan a las elites, estas pueden responder con sus propias asociaciones defensivas, como las ligas o las milicias fascistas. Esto es de hecho lo que ocurrió en el valle del Po, en el noreste de Italia. Pero Riley no está adoptando la consabida idea de que las organizaciones de masas retan a la elite, que a su vez responde contratando asociaciones «fascistas» para que la protejan, aunque acepta que esto forma parte del relato. Realmente parece querer decir que, en ausencia de una elite hegemónica, cualquier tipo de asociación puede facilitar el fascismo; no sólo asociaciones «autónomas», sino incluso aquellas creadas por las elites o por el Estado. Los fascistas pueden «colonizar» estas asociaciones, como explicó el teórico fascista italiano Alfredo Rocco, mediante procedimientos de infiltración y apropiación. Estas pueden muy bien servir después como lo que Riley denomina «cintas transportadoras» del fascismo. Hay convincentes pruebas empíricas de esto, y Riley hace buen uso de esos trabajos. En el caso alemán, por ejem-

plo, Rudy Koshar demostró en un estudio publicado en 1986, *Social Life, Local Politics and Nazism*, que los nazis penetraron en la rica vida asociativa de Marburgo, consiguiendo así una posición dominante en la ciudad.

El argumento de Riley lo sitúa entre quienes atribuyen los resultados fascistas a la debilidad de los conservadores, no a su fuerza. Es un planteamiento muy controvertido, porque los especialistas culpan por lo común a los conservadores de ayudar a los fascistas a subir al poder, y pueden incluso exagerar las similitudes entre ambos; un análogo atajo mental, por otro lado, considera a la socialdemocracia como un peldaño hacia el comunismo, y no su rival más serio. La relación fascistas-conservadores es compleja y evoluciona con el tiempo, y es una de las grandes virtudes de Riley el considerarla cuestión de procesos y decisiones más que una posición estática. Por una parte, fuertes alianzas conservadoras (Hungria es el ejemplo de Ridley) pueden mantener débil al fascismo. Por el otro, en todos los casos que conocemos en los que los fascistas llegaron al gobierno, los conservadores los invitaron a entrar. El complejo modelo de Riley puede abarcar sin dificultad estos opuestos: conservadores fragmentados que no han conseguido alcanzar la hegemonía, en casos en los que no puede imponerse una contrahegemonía democrática viable, pueden considerar la alianza con los fascistas como la mejor opción que les queda.

Con respecto a la contrahegemonía —la otra opción que podría bloquear un resultado fascista—, Riley sostiene que la incapacidad de la élite existente para establecer una u otra forma de hegemonía priva al bando democrático de un enemigo contra el que puedan unirse. Esto parece excesivamente abstracto. En realidad, fue la rivalidad entre comunistas y socialistas la que trágica y amargamente dividió a la izquierda en la mayoría de los países europeos en la era del fascismo, de manera desastrosa en Italia y Alemania. En los países escandinavos (no mencionados por Riley), donde la poderosa socialdemocracia ayudó a mantener la debilidad del fascismo, este resultado dependió principalmente del poder fortalecido del movimiento cooperativo —¡otra vez las asociaciones!— en ausencia de un conservadurismo hegemónico. Podríamos concluir, por lo tanto, que después de todo es quién controla las asociaciones, no la existencia de asociaciones *tout court*, lo que determina los resultados.

Riley define el suyo como un enfoque dinámico. Esto es un alivio, digno de agradecer, frente a los análisis estáticos que con demasiada frecuencia inhiben el estudio del fascismo, y una huida de la falsa dicotomía entre el «modelo descendente» (*top-down*) y el «modelo ascendente» (*bottom-up*). Ve de manera útil la interacción en ambas direcciones entre la sociedad civil y los movimientos y regímenes fascistas; aunque podría muy bien haber ampliado aún más el debate y examinado cómo han tratado los regímenes fascistas, una vez en el poder, a la sociedad civil. Junto a la *Gleichschaltung* de asociaciones existentes, los Estados fascistas han extendido el asociacionismo hacia nuevos territorios, como las famosas organizaciones para el tiempo libre, el *Dopolavoro* italiano y el *Kraft durch Freude* nazi.

En regiones suborganizadas como el sur de Italia, inicialmente refractarias al fascismo, como señala Riley, los aristócratas locales adaptaron enseguida el asociacionismo fascista a sus propios fines. Pero Riley no se aleja mucho de su centro de atención: en qué condiciones logró el fascismo llegar al poder.

*The Civic Foundations of Fascism* intenta presentar el fascismo como forma alternativa de democracia, una democracia que representa de hecho a pueblos y naciones por medios distintos de las elecciones y los parlamentos. Este es un planteamiento más difícil de aceptar. En 1971, el historiador marxista germano-occidental Reinhard Kühnl intentó, en *Formen bürgerlicher Herrschaft*, plantear la hipótesis contraria de que el fascismo era sólo una de las formas de dominio burgués, la adecuada para circunstancias de crisis. Riley se ve empujado a la posición de que el fascismo es una «democracia autoritaria» por su necesidad de demostrar que nace sólo en sociedades con una participación de masas. Muy bien, pero la palabra «democracia» normalmente implica cierto grado de toma de decisiones por la ciudadanía. Tal vez habría sido más adecuado un término distinto: dictadura popular, quizá.

Riley ha trabajado tanto en precisar sus narraciones como en su argumento. Comete poquísimos errores de hecho; uno de los raros deslices es el de varias referencias al «sufragio universal» cuando quiere decir «sufragio masculino». Otra crítica que podría hacerse es que, a veces, su «narración analítica» sitúa el factor agente menos visiblemente de lo que debería estar. Por ejemplo, escribe que el fascismo italiano «se impuso» al rey Víctor Manuel III, mientras que en general se ha aceptado que este tuvo otras opciones al afrontar la marcha de Mussolini sobre Roma. Es lamentable la tendencia a restar importancia a las decisiones cruciales tomadas por hombres poderosos, porque en la historia del fascismo destacan especialmente los individuos. Este ha llegado generalmente al poder en situaciones de paralización política, en las que la toma de decisiones ha recaído en un número restringido de personas. Una vez en el poder, los regímenes fascistas han estado notoriamente encabezados por «jefes». Riley sí atribuye su responsabilidad a un individuo, el rey Carol II de Rumanía, quien con la arrogante afirmación de su autoridad y con su disipada vida personal marcó una inmensa diferencia en el resultado en su país. Sin embargo, Riley escribe a menudo que cierta situación social «condujo» al fascismo. ¿Quiere decirlo en un sentido causal, o en el sentido de que la situación social puede ofrecer una oportunidad y abrir un espacio? El contexto favorece el segundo significado, y en ocasiones Riley utiliza una mejor expresión: «abrió el camino a». Incluso así, insiste en que no es determinista. Resalta las particularidades de cada trayectoria histórica nacional, y con frecuencia identifica «puntos de inflexión» y opciones decisivas para llegar a un resultado particular.

El trabajo de Riley subraya lo variable que puede ser el fascismo bajo distintas circunstancias sociales. El régimen fascista italiano, como el alemán,

era un «fascismo de partido», en el que el partido desempeñaba una función autónoma y paralela a la del Estado. El capítulo dedicado a Italia está especialmente logrado, con muchos detalles reveladores. Al español lo denomina «fascismo tradicionalista», porque el ejército y la Iglesia influyeron más en él que el partido fascista, la Falange. El tercer ejemplo, Rumanía, es el «fascismo de Estado», porque las asociaciones habían sido creadas principalmente por el Estado, y porque el rey Carol estableció una dictadura personal. Tras la abdicación de Carol, su sucesor, el general Antonescu, aplastó al partido fascista, y a partir de entonces gobernó con su exclusiva autoridad. Algunos podrían objetar que Riley usa el término «fascismo» demasiado en general. De hecho, no plantea criterios para distinguir el fascismo de otras formas de dictadura, excepto que debe tener base popular. Notablemente, no considera que la importancia de un partido fascista sea ingrediente indispensable de un régimen fascista. España es situada a menudo, aunque de manera controvertida, en la categoría aparte de «autoritario», principalmente por Juan J. Linz. Riley denomina «fascismo de Estado» al régimen rumano, pero bien podría considerarse una simple dictadura militar. La de Riley es decididamente una interpretación amplia, pero esa es quizá su prerrogativa.

En un capítulo final, Riley considera otras explicaciones para la implantación del fascismo: las que se centran en la clase –Barrington Moore es el principal ejemplo que pone– y las de tradición weberiana, que se centran en las estructuras del Estado y la supervivencia de rasgos propios del Antiguo Régimen. Explora Hungría y Alemania como contraejemplos, en los que Moore o los weberianos parecen ofrecer explicaciones satisfactorias. Incluso en estos casos, muestra lo importante que es prestar atención a la sociedad civil. No es necesario coincidir en todos los argumentos para considerar que este libro es un estimulante y refrescante análisis comparativo de los procesos que condujeron a regímenes fascistas en casos determinados. Con su complejo juego de fuerzas, el modelo de Riley va años luz por delante de buena parte de las obras convencionales que se centran en el lenguaje y que congelan el fascismo en una imagen fija. Todos los interesados por el fascismo deberían leer su libro, aunque este no abarque por sí solo todo el relato.